

precio á que habían adquirido tal hallazgo, y arrasáronse sus ojos en lágrimas.

Los dos sabios se encargaron de contar el tesoro: había en luises de oro cuarenta y tres mil y algunos centenares de francos.

Mucho trabajo les costó defenderse contra la insistencia de la viuda y de Vicente, que, en su gratitud, querían á todo trance hacerles aceptar una parte de su fortuna.

—Guardadla toda,—dijo M. Pié-Rondal á Vicente,—y aún así no es seguro que baste para que Clavé os conceda la mano de su hija.

Fué esta la única consideración que pudo moderar la insistencia del joven. En cuanto á la negativa de Clavé, se creía en condiciones de poderla vencer en adelante. Sin embargo, no debía estar del todo tranquilo acerca de esto, pues indicó que agradecería vivamente la intercesión de M. Pié-Rondal en su favor, cerca del irascible labrador.

Con el mayor gusto se hubiera encargado el bueno de M. Pié-Rondal de esta misión; pero su compañero se negaba á continuar allí é insistía en abandonar inmediatamente á Morelles. Había descifrado el escrito del cura Minaut, resuelto el problema, y creía que nada les restaba que hacer allí.

XI

Vicente escribió á Arsenia para informarla de lo que ocurría y exhortarla á que cobrase ánimos. Después, y al cabo de gran rato de reflexionar, se persuadió de que podía, sin inconveniente alguno, dar por sí mismo los primeros pasos cerca de Clavé.

Esto recuerda la escena de Molière, cuando Leandro se presenta anunciando que acaba de «recibir cartas comunicándole la noticia de que su tío ha fallecido y que él es el heredero de todos sus bienes»; á lo cual contesta el bueno de Géronte: «Caballero, me consta de un modo absoluto que sois muy virtuoso y os concedo la mano de mi hija, con la mayor alegría del mundo.»

La situación era la misma; pero era muy dudoso que el desenlace revistiera igual sencillez.

Apenas hubo abierto Vicente la puerta de Clavé, cuando éste se levantó bruscamente preguntándole qué quería. El joven presentó sus excusas y le rogó que tuviese la bondad de escucharle; pero Clavé, convencido de que iba á abordar la cuestión de frente, le intimó á que se retirase, y como el otro no obedeciese todo lo de prisa que él deseaba, cogió una estaca que tenía al alcance de la mano, y le obligó, amenazando descargarla sobre él, á batirse en retirada. Después de lo cual cerró vivamente la puerta del patio, dándole con ella en los talones.

Esto produjo una ligera alarma en la calle. Acudieron los vecinos, y, entre ellos, Sacaud, el alcalde de Morelles, quien increpó á Vicente por haberse presentado tan de improviso en casa de un hombre tan ofendido y cuyo violento carácter conocía.

—¡Bah! que me hubiera dejado explicarme, exclamó Vicente. Con dos palabras que le hubiera dicho, hubiéramos quedado de acuerdo.

—¿Crees tú que te hubiera concedido la mano de Arsenia?

—¡Diantre! ¿por qué no? Me la ha negado porque era pobre; ahora tengo más dinero que él, y, según esa cuenta, ahora debiera ser yo quien se hiciera valer.

Le acosaron á preguntas los curiosos convecinos, y refirió cómo el tesoro buscado en vano por su padre, acababa de ser al fin descubierto. Hubo entre los presentes un movimiento de sorpresa, reemplazado bien pronto por una sonrisa de compasión, porque cada cual pensó para sí que había heredado la locura de su padre.

—¡Ah! ¿no lo creéis?—les dijo;—pues bien, venid conmigo y veréis qué pronto os convencéis de que es cierto lo que os digo.

Orgulloso de poderse lo demostrar, y abrigando además la idea de que con ello se iba á vengar de los desdenes de que había sido objeto su pobre padre, al ser tratado de visionario *buscador de tesoros*, se encaminó, poniéndose á la cabeza del acompañamiento, hacia su casa; al pasar por el patio les mostró el hoyo de donde había sido desenterrado el tesoro, y en seguida el tesoro mismo esparcido en el cajón de una vieja y carcomida cómoda.

—¡Vamos á ver!—exclamó lleno de emoción.—¿Diréis ahora que sueño?

Los *caritativos* vecinos permanecieron por algunos instantes como desvanecidos, fascinados, por el brillo del oro.

Después, habiéndole preguntado alguien de entre ellos qué suma representaría aquel mon-

tón de monedas, respondió con desdenoso tono que no lo sabía con exactitud, lo cual hizo que los vecinos estimaran el hallazgo en el doble, por lo menos, de su valor.

—Tranquilizáos, Vicente,—dijo Sacaud;—voy á ver á Clavé, y tus asuntos no tardarán en arreglarse.

Fué, en efecto, á ver á Clavé aquella misma tarde. Este le recibió muy mal.

—Sospecho á lo que vienes,—le dijo;—mejor hubiera sido que te quedaras en tu casa.

—¡Vaya, hombre, no te precipites! Se escucha á las gentes antes de incomodarse con ellas; eso debe ser siempre lo último.

—¡Ea! pues habla.

—Has hecho muy mal en recibir á Vicente como le has recibido hace poco. No venía á molestarte el pobre muchacho; venía, por el contrario, á darte una noticia que te interesa casi tanto como á él, y que debe cambiar tu conducta para con él.

—¡Bah! ¿Qué noticia es esa?

—El tesoro que Minaut se mató á buscar (y digo se mató porque, en efecto, le costó la vida, como todos sabemos), acaba de ser descubierto.

—¡De veras!... Me alegro mucho de ello.

—Mira, no lo tomes á broma, pues te lo digo

muy en serio. Acabo de ver por mis mismos ojos las monedas de oro; tiene un cajón lleno de ellas. Yo no las he contado; pero apostaría, sin ningún inconveniente, á que hay allí de cincuenta á sesenta mil francos.

—¡Oh, oh! ¡Eso es magnífico!

—Te digo que lo he visto yo; por consecuencia, no hay por qué dudarle.

—Si no lo dudo; pero vamos á ver, ¿qué es lo que tratas de demostrarme con eso?

—Trato de demostrarte... que si no te guía más que el interés, Vicente vale hoy tanto como tu hija, por lo menos.

—¡Cómo! Vale mucho más, y me asombra el que aún piense en ella.

—¡Vuelta con las burlas! ¿Consientes en concederle su mano, ó no?

—No... ¡Pues qué, crees que porque haya encontrado cuatro miserables monedas de oro en un rincón! ..

—Te he dicho que cincuenta mil francos, por lo menos.

—Pongamos que sean cien mil francos, un millón si quieres. ¿En qué puede variar eso mi conducta?

—Sin embargo, veamos, amigo Clavé... por consideración á tu hija, por...

—¡Mi hija! No la conozco ya. ¡Ya no es mi hija!

Como Sacaud intentara hacerle algunas observaciones, le interrumpió con sequedad:

—No prosigas, te lo suplico; y no vuelvas á hablarme de ello si no quieres que regañemos.

Cuando Vicente supo el resultado de esta entrevista, quedó desolado. Sacaud le animó cuanto pudo.

—No te inquietes por eso, le dijo: no es más que el primer impulso, y era de esperar; ya variará. Cuando le dije que tu hallazgo valía unos cuarenta mil francos, ya noté, á pesar de su testarudez, que la noticia le causaba alguna impresión. Dejémosle reflexionar tranquilamente. Tú, mientras tanto, dedícate á tus asuntos: cambia tu oro viejo por el nuevo; paga á los acreedores de tu padre; compra alguna finca; haz valer tu dinero; lúcele todo lo posible... Mucho me sorprendería que, dentro de un mes, no anduviera Clavé rondándote solícito.

Tranquilizóse algo Vicente y siguió el consejo.

Para cambiar la moneda tuvo que ir á París, lo que le proporcionó ocasión de ver á Arsenia.

Teníanla empleada como á Gagni y su mujer, unos jardineros de Arcueil, que estaban muy

satisfechos de su trabajo y deseaban seguir con ella durante todo el año. No obstante, Vicente quería llevársela á Morelles, no á casa de su padre, que la rechazaría brutalmente, sino á la suya, con su madre, que la consideraba como nuerá, hasta tanto que á Clavé pluguiese regularizar su situación; pero ella rechazó tenazmente tal ofrecimiento: en primer lugar, porque se avergonzaba de volver á Morelles en tales condiciones, y además, porque Clavé juzgaría esto como una especie de reto y sería más implacable que nunca. Las razones eran de peso y Vicente lo comprendió así.

—¿De modo que vamos á seguir separados?

—Es preciso.

Despidiéronse desanimados y melancólicos.

Vicente, en cuanto regresó á Morelles, pagó á todos los acreedores de su padre, compró algunas tierras que le convenían y las pagó al contado. Clavé, como todo el pueblo, supo estos detalles; y además, de vez en cuando, no dejaba Sacaud de repetírselo.

—Y bien, ¿qué prueba eso?—decía Clavé.

—Eso prueba que lo que te dije es cierto. ¡Vicente tiene *el gato!*... y ya verás otras cosas.

—Me aburres; déjame en paz.

Y Clavé le volvía bruscamente la espalda.

Esta insistencia, un tanto irónica de Sacaud, no era acertada, sino contraproducente.

Un día vió Clavé albañiles y carpinteros ocupados en reparar la casa de Minaut. Esto le irritó extraordinariamente.

—¡Qué estúpido!—gruñó;—porque tiene cuatro cuartos mal adquiridos se da tono como si edificase un castillo. Sin duda cree que va á darme en cara con eso.

Y se alejó encogiéndose de hombros.

Así siguieron las cosas hasta fines de Setiembre, época en que M. Pié-Rondal fué á cazar á Morelles. El abogado, á quien Vicente rogó que probase una última tentativa cerca de Clavé, se admiró de que el asunto no estuviese aún arreglado.

—¡Cómo!—dijo.—¿Todavía sigue con su rigor? Pues le veré y le hablaré fuerte.

—Os suplico que le tratéis con miramiento.

—No, no... nada se obtiene con miramientos de semejantes caracteres. Dejadme, ya le trataré como merece.

En efecto, llamó aparte á Clavé y le censuró con energía su obstinación, que nada justificaba; pero él se atrincheró en sus derechos de padre de familia, y recordó la ofensa que se le había inferido, y que no creía conveniente perdo-

nar. Después de todo, el amo era él, y no tenía que recibir órdenes de nadie. Fueron alborotándose cada vez más, y llegaron á tal punto, que Clavé juzgó prudente alejarse por temor de faltar, según dijo, al respeto que debía á su huésped.

—¡Qué hombre más testarudo!—exclamó Pié-Rondal encogiéndose de hombros.

Salió á la calle, donde Vicente le esperaba con impaciencia, y le contó el fracaso de su tentativa.

—¿Qué medio emplear ahora?—preguntó el joven. Yo no encuentro ninguno.

—¡A fé mía, ni yo tampoco, pobre mozo!

En aquel momento vieron á la esposa de Clavé que se acercaba á ellos con precaución.

—¿Qué hay?—preguntaron los dos.

—Creo que no vais por buen camino, contestó ella en voz baja. Nada conseguiréis atacándole de frente.

—¿Pues qué haríais vos? preguntó Pié-Rondal.

Aproximóse á ellos, y mirando á hurtadillas por temor de ser sorprendida, les habló durante algunos momentos.

Luego, al oír la voz de Clavé que la llamaba, entró precipitadamente en la casa.

Desde aquel día, la actitud de Vicente respecto á Clavé cambió completamente. No volvió nunca á poner la cara afligida y tímida que ponía cuando por casualidad le encontraba, sino que adoptó más bien un ademán decidido, frío y hasta altanero. Clavé, que lo notó, frunció sus espesas cejas; pero Vicente no pareció parar mientes en ello.

Manifestóse claramente este antagonismo al celebrarse la subasta de un prado que codiciaba Clavé, y que Vicente, sin interés conocido, pujó con obstinación. A cada postura de su rival, Clavé hacía un gesto de impaciencia y de ira. Por fin el prado fué adjudicado á Vicente.

—Yo no soy como esos locos que compran las

cosas en doble de lo que valen,—dijo Clavé en voz alta, al salir.

—Yo no soy como esos avaros que quieren adquirir las cosas á mitad de precio,—respondió Vicente en el mismo tono.

Clavé se volvió furioso.

—¿Eso lo dices por mí?

—¿Por quién ha de ser?

Para evitar la disputa medió, entre otros, Saucud, que se llevó á Clavé, no sin que les costase trabajo.

—¡El insolente!—gritaba Clavé.

—Dispensa; pero tú fuiste el que empezó.

—Yo no me dirigía á él. Además, yo soy viejo y me debe respeto. Si espera conquistarme por tales procedimientos...

—¡Oh, eso le tiene sin cuidado!

—¿Cómo que le tiene sin cuidado?

—Sí; maldito lo que se cuida ya de Arsenia.

—Pues qué, ¿había de cometer la infamia de abandonarla después de lo ocurrido?

—¡Qué demonio! ¡Como persistes en negársela!

—Yo tengo mis razones; pero él no es lo mismo; su deber es permanecer fiel á aquella á quien comprometió.

—Pues entiende las cosas de otro modo. Dice

que está cansado de tus sofiones; que después de todo, bien se merece él tu hija, y que puedes guardártela. En cuanto á él, creo que no tardará en casarse en otra parte.

—¡Voto al infierno! Quisiera yo ver eso.

—Ya lo verás.

No tardó en hablarse en el país de la asiduidad de Vicente cerca de una solterona, fea y necia, pero rica; poco después, Gagny y su mujer regresaron de París, y refirieron que habían dejado á Arsenia triste y desesperanzada, porque Vicente no contestaba á sus cartas y parecía haberla abandonado.

—¡Luego era cierto!—exclamaba Clavé.—¡Infame!

No le desagradaba que Arsenia sufriese de resultas de su imprudencia: nada más justo, según él; pero que Vicente se permitiese desdeñarla, lo consideraba como un insulto que no podía dejar impune.

Un día que soñaba en los medios de vengarse, sorprendió á su mujer ocupada en leer un papel. Ocúltóle ella en cuanto le vió; pero él quiso enterarse, y ella acabó por dárselo: era una carta de Arsenia.

—¿De modo que estás en correspondencia con tu hija?

—No. Ha sido únicamente que la mujer de Gagny me envió esta carta el otro día. ¡Estaba leyéndola otra vez!... ¡Pobre Arsenia mía!

Y se llevó el pañuelo á los ojos.

Clavé recorrió rápidamente la carta, intercalando sus reflexiones.

«Causábala al principio gran tristeza verse sola y tan alejada de su madre...» (¡Caramba! ¿Y quién tiene la culpa?... «luego el arrepentimiento por la conducta que había observado: era muy culpable.» (Por fin, conviene en ello.) «¿La perdonaría su padre algún día? No lo esperaba: ¡era tan severo, tan inflexible!» (¡Soy un tigre, según parece!) «Y sin embargo, estaba bien cruelmente castigada, y precisamente por aquel á quien todo lo había sacrificado.» (¡Ah, ah!) «Vicente había ido á París, pero ella no le había visto. Tres cartas le había escrito y no había obtenido contestación.» (¡Hola! Eso te escuece.) «¿La abandonaría acaso? Al pensar en esto, sus ideas se extraviaban y se volvía loca...» (¿Eh? no seas bestia..) «Pero no; su padre le había transmitido algo de su valor y su energía...» (Exacto.) «Tendría fuerza para resignarse con su suerte, y el desprecio que tal infamia había de producirla, la curaría de su amor.» (Bien.)

La carta terminaba con tiernas expansiones, y luego, debajo, se leía esta postdata:

«¡Ay! la conducta de Vicente tiene su explicación. Es un desquite. Pobre, le despreciaron; rico él ahora (¡oh, rico!) desprecia á su vez. Que no trate mi padre, á quien esta injuria ofende como á mí (verdad es) de obligarme (¿á qué?): en primer lugar, no quiero que Vicente vuelva á mí por fuerza: tengo dignidad: (bien): además, ¿quién puede ni poco ni mucho contra él? Nadie absolutamente.»

—¡Ah! gritó Clavé; ya te haré yo ver si puedo ó no puedo nada contra él. Prepara mi maleta, dijo á su mujer; me marchó á París.

—Pero, ¡por Dios!

—Anda lista.

Se fué, en efecto, aquella misma noche.

Al día siguiente volvió, trayendo á Arsenia, ruborosa y ceñuda: durante todo el viaje habían venido en perpetua disputa, que continuó en la casa.

—Te digo que te casarás con él,—repetió Clavé.

—No, jamás. Después de lo que ha hecho, le desprecio.

—Despréciale, poco me importa; pero te has de casar con él: yo te obligaré á ello.

—No me obligarás... ni á él tampoco.

—¡Oh, él corre de mi cuenta!... A eso voy.

Y, en efecto, se fué á buscar á Vicente. Ya se puede imaginar lo que le dijo: recriminaciones y hasta injurias. Vicente permaneció impasible.

—¿De modo que te niegas á reparar tus yerros?

—En absoluto.

Al oír esto Clavé, estuvo á punto de pegarle; pero el joven guardaba un ademán tan friamente resuelto, que se contuvo. Salió mascullando sordas amenazas.

¿Pero qué hacer? Evidentemente, no quedaba más que un camino que seguir, el que había pensado al principio y del que le habían disuadido: la vía judicial. En esta ocasión esperaba que nadie desaprobaba su conducta.

En efecto, M. Pié-Rendal, á quien fué á confiarse, censuró enérgicamente á Vicente: consideró que aquello era una indignidad apenas creíble.

—¿Me aconsejaréis aún la moderación y los miramientos?—preguntó Clavé.

—Ciertamente que no; y debéis emplear el mayor rigor.

Redactó inmediatamente una querrela por raptó de una menor, que hizo firmar á Clavé,

encargándose, según dijo, de presentarla él mismo al juzgado y apoyarla. Luego añadió:

—Y no es esto todo. Evidentemente ese tesoro que ha encontrado es lo que, ha enloquecido á Vicente: hay que herirle en lo que, según parece, le es más querido, en su fortuna.

—¿Y cómo?

—Con una demanda de indemnización de perjuicios que le arruine... Treinta mil francos.

—¿Por qué no cincuenta mil?

—Tenéis razón, bien los vale. Desde mañana tendrá Vicente noticias de vos por medio del alguacil.

Clavé volvió á su casa gozoso y confiado.

Al otro día supo que Vicente había recibido la visita de un alguacil; y, dos días después, que había ido á la ciudad, de donde había regresado muy taciturno.

—¡La cosa marcha!—pensó.

A los pocos días parecióle que el joven trataba tímidamente de acercarse á él; pero le volvió desdeñosamente la espalda.

Por último, al domingo siguiente, Sacaud se presentó en casa de Clavé, como encargado de presentar proposiciones de arreglo.

—¡Ah, ah! Parece que ha cambiado de modo de pensar, dijo Clavé. ¿Y qué proposiciones son esas?

Sacaud explicó entonces que Vicente reconocía que había cometido faltas que podían acarrearle una condena, pero que la cantidad reclamada por Clavé le parecía excesiva, y que creía mostrarse generoso ofreciendo diez mil francos.

Al oír estas palabras, fué presa Clavé de violenta cólera. ¡Conque no se trataba más que de discutir sobre la cantidad! Lo que ante todo se pedía era una reparación, y sólo había una posible, el matrimonio; pero ésta la exigía absoluta é inmediatamente.

Sacaud se retiró confuso, con la cara avinagrada de un embajador cuya misión ha fracasado.

El mismo volvió á los pocos días á anunciar que Vicente se rendía á discreción y consentía en casarse con Arsenia.

—¡Hace bien!—dijo severamente Clavé;—porque yo no le hubiera guardado ninguna consideración... ¿y por qué no viene él?

—Ya comprenderás que no se atreve...

—Pues qué, ¿me como yo acaso á la gente? Dile que le espero.

Fué Vicente, y Clavé tuvo la magnanimidad de no tratarle mal, si bien fué preciso que el joven confesase humildemente su falta y manifestase la firme resolución de repararla.

—Basta,—dijo Clavé.—Si hubiera otro medio de borrar tus majaderías, puedes estar seguro de que mi hija no sería para ti; pero, en fin, serás mi yerno, puesto que es preciso... Y, ahora, seamos buenos amigos, y dejemos lo pasado.

Y cogiéndole de la mano, le llevó al cuarto de Arsenia.

Esta, al ver á Vicente, se levantó encolerizada é hizo ademán de huir.

—¡No, padre mío!... Ya no le amo; se ha conducido indignamente conmigo.

—Verdad es; se ha conducido como un pillo; pero viene á implorar tu perdón. ¡Ea, muchacho, de rodillas!

Y deteniendo á Arsenia con una mano, con la otra obligó á Vicente á arrodillarse.

Hízolo éste de buen grado; pero la joven nada quería oír.

—No, padre; no le creo. No viene más que porque te tiene miedo.

—No digo que no. Pero, á pesar de eso, es sincero; te respondo de ello. ¡Y pobre de él si no lo fuera!... Os dejo. Desenredad vuestros asuntos como gustéis; pero de todos modos, á ponerse de acuerdo, y pronto.

Y salió triunfante.

Mientras llegaba el día de la boda, iba pun-

tualmente el novio á hacer la corte á su futura; y si algún día se retrasaba, Clavé le esperaba con gesto avinagrado.

Una noche, por broma, le pidió que retirase la querrela y la demanda de indemnización.

—¡Ah, tunante; te veo venir! Todavía quieres escapar. No; esa querrela seguirá suspendida sobre tu cabeza. ¡Te tengo cogido y no te soltaré!

Al celebrarse el contrato, se mostró fastuosamente liberal y constituyó una gran dote á su hija para humillar á su yerno.

Por fin llegó el día de la boda. Al rayar el alba ya estaba Clavé en pie, despertando á todos, dando disposiciones, gritando porque no se hacía nada. Dirigiéronse á la alcaldía, yendo Clavé á la cabeza de la comitiva.

Daba orgullosamente el brazo á su hija y se volvía de vez en cuando, como un sargento cuidando de sus soldados, para ver si le seguía la larga fila de invitados. En la alcaldía se incomodó porque Sacaud no se había puesto la banda: en la iglesia le pareció que los sacerdotes no acababan de salmodiar.

Al medio día volvieron á casa.

—Tuya es,—dijo Clavé,—echando á su hija en brazos de Vicente; hazla feliz, porque si no, ¡ya lo sabes, estoy yo aquí!... ¡Ahora, á comer!

A pesar del luto, todavía reciente, de los Minaut, quiso que las bodas se celebrasen de un modo extraordinario, *echando la casa por la ventana*; era su frase. Hubo durante tres días una serie de festines homéricos, interrumpidos tan solo por bailes para los jóvenes y juegos de naipes para los viejos.

M. Pié-Rondal asistió el primer día á esta fiesta de familia. Delante del cubierto le habían puesto una enorme fuente de confitura, que representaba un palomar rematado por una magnífica paloma de azúcar. Era un obsequio alegórico.

FIN